

**Revisión de Libro: Gootenberg P. La invención de la cocaína: La historia olvidada de Alfredo Bignon y la ciencia nacional peruana (1884-1890). Lima: Instituto de Estudios Peruanos; 2010. p. 120.**

Suele asumirse con el mayor candor que nuestras creencias actuales –particularmente aquellas con implicaciones morales o que pretendan tenerlas- deben ser imperecederas y necesariamente aplicables a todo tiempo y espacio. De este modo, no deja de resultar sorprendente para muchos, inclusive para quienes provienen de las canteras del saber científico, que existió un tiempo no muy lejano cuando las ahora llamadas drogas ilícitas fueron no solamente legales y plenamente aceptadas en la sociedad, sino inclusive propiciado su uso por exponentes de la medicina oficial. Del mismo modo, puede llamar la atención que nuestra habitualmente exigua producción científica nacional (y quizás hasta sea generoso con el adjetivo), haya liderado en algún momento el conocimiento mundial en ciertos campos, aunque sea brevemente y en el marco del concepto de “excelencia científica en la periferia”, desarrollado en 1989 por el historiador peruano Marcos Cueto (quien además prologa el presente libro), para referirse a “sorprendentes e innovadores derroteros en investigación adoptados en sociedades generalmente consideradas subdesarrolladas”.

Paul Gootenberg –profesor de Historia de América Latina en la Universidad de Stony Brook, Nueva York- nos hace conocer la extraordinaria pero olvidada historia del farmacéutico Alfredo Bignon, francés de nacimiento y peruano por adopción, quien entre 1884 y 1888 produjo una vasta serie de experimentos y publicaciones científicas acerca de la coca y la cocaína, los cuales contribuyeron con el auge posterior de la industria “esencialmente peruana” de exportación de la cocaína, estimulada orgullosamente por un emergente nacionalismo científico. La planta sagrada de los incas había comenzado a conocer la popularidad en Europa gracias al vino Mariani (mezcla de vino de Burdeos con infusión de coca, inventado en 1863), precursor a su vez de la mundialmente célebre Coca-Cola (1886). Pero fue en 1884 que se identificaron las propiedades

anestésicas de la cocaína, el alcaloide principal del *Erythroxylon coca*, captando el interés de compañías farmacéuticas como E. Merck o Parke-Davis & Company. Sin embargo, a mediados de la década de 1880, el proceso de extracción e importación de cocaína desde los remotos Andes peruanos, seguía siendo demasiado difícil y oneroso.

Fue en ese contexto que Bignon se dedicó al estudio de la cocaína, siendo su máspreciado logro un novedoso y económico método de precipitación a querosene que permitía obtener el milagroso alcaloide a partir de las hojas frescas, a diferencia del procedimiento original de Niemann de 1860, que requería de hojas secas. Una comisión nombrada para estudiar el método de Bignon en 1885, felicitó a aquél por su invento, concluyendo que con el mismo “se podría establecer una industria nacional en grande escala, que produjera un valioso artículo de exportación”. No contento con su innovación, Bignon continuó con sus estudios: “La cocaína y sus sales” (1885), “Acción fisiológica de la cocaína” (1886), “Propiedades de la coca y de la cocaína” (1886), “Posología de la cocaína” (1886), “Sobre una nueva coca del norte del Perú” (1886), “Sobre el valor comparativo de las cocaínas” (1886), “Estudio experimental del antagonismo de la estricnina y la cocaína” (1886), “Sobre la utilidad de la cocaína en el cólera” (1887) y finalmente “Soluciones de cocaína” (1888). Quizás como en el caso de Freud – contemporáneo suyo- semejante frenesí investigacional haya sido influido por un uso personal de la sustancia estudiada.

No pasó mucho tiempo sin embargo, hasta que la industria farmacéutica alemana arrebató a Bignon el liderazgo en la producción de cocaína. En 1885, los farmacéuticos peruano-germanos Meyer y Hafemann presentaron su propio método de extracción del

alcaloide, “casi idéntico” al de Bignon (explicando tal coincidencia como “un extraordinario caso de descubrimientos simultáneos”). Poco después, los mismos miembros de la comisión anterior concluyeron en un nuevo informe, que las muestras de Meyer y Hafemann resultaban “inmejorables”. La asociación de Meyer con las farmacéuticas alemanas Merck, Prüss, Schroeder y Dammert, posicionó a éstas a la vanguardia de la producción y exportación de cocaína durante la década de 1890. Como suele suceder en nuestro periférico país, la competencia internacional había ganado la lucha por el mercado. Victoria efímera, sin embargo; hacia 1915, Occidente ya no veía con tan buenos ojos a la cocaína, y los mercados internacionales

de la otrora maravilla andina comenzaron a colapsar, en tanto que la industria local agonizaría lentamente hasta su cierre definitivo por decreto supremo en 1949. Como respuesta a la prohibición, la producción de cocaína devino entonces –a partir de la década de 1970- en la poderosa red de producción y comercialización ilícitas que todos conocemos (y padecemos) en la actualidad.

Se pregunta finalmente el autor si los narcotraficantes de hoy serían los “lejanos descendientes de la perdida ciencia nacionalista de la cocaína de Alfredo Bignon”. Y se responde él mismo: “Muy probablemente, sí”.

**Santiago Stucchi Portocarrero<sup>1</sup>**

---

<sup>1</sup>Médico Psiquiatra. Instituto Nacional de Salud Mental “Honorio Delgado-Hideyo Noguchi”. Facultad de Medicina Alberto Hurtado, Universidad Peruana Cayetano Heredia. Lima, Perú.